

NOTAS SOBRE LA METODOLOGÍA DE CAMPO EN ARQUEOLOGÍA

JAIME LITVAK KING

La metodología de campo en arqueología, definida como el conjunto de técnicas para la obtención de datos, enmarcadas y estructuradas dentro de un propósito teórico general, constituye la forma inmediata que tiene la disciplina para enfrentarse a los problemas básicos que le dan materia de estudio. Sin que importe, por el momento, la posición que pueda tenerse, es claro que el empleo de un buen surtido de técnicas de ataque, bien adaptadas a las condiciones de su uso, organizadas por medio de una estructura que permita la selección de las más apropiadas y su eficiente aplicación, y que refleje las prioridades que el investigador se plantea en su trabajo, constituye un paso positivo para la obtención de los datos que, previa elaboración, le llevarán a conclusiones válidas.

En la arqueología, como en otras disciplinas, la metodología de campo se ha desarrollado tanto en función de sus necesidades como por la influencia de desarrollos en otras áreas y las aportaciones del medio ambiente cultural en general que permiten acelerar o retrasar dicho progreso. La tendencia general apunta hacia la búsqueda de mayor precisión en el trabajo y mayor exactitud en el registro.

La arqueología presenta un carácter individual que la separa de sus campos tradicionales de contacto en cuanto a sus técnicas; no es necesario elaborar las diferencias metodológicas entre la arqueología y la historia, pero sí cabe asentar el rumbo distinto que la obtención de datos ha seguido en las diversas áreas de la antropología, en las que varias especializaciones, que dicen estudiar el mismo objeto, hacen uso de técnicas bien distintas, muchas veces ni siquiera congruentes, para llegar a sus datos, característica que si bien le da una visión más completa de los problemas que trata también atomiza su campo de acción y habla de aspectos tan divergentes que a veces no parecen tener relación.

Un caso extremo es quizá el de la antropología física cuyas técnicas de campo parecen concentrarse en una sistemática de medición como arma casi única, tanto para vivo como para cadáver. Fuera de otros aspectos como es la genética, por ejemplo, que si bien son parte del campo han recibido más colaboración de otras disciplinas; este modo parece dominar la obtención de datos en la especialidad y ha conducido, en distintas épocas, a una exageración en la toma de medidas no usadas con propósitos muy claros, y, positivamente, a la formación de una conciencia estadística que la aproxima, más que cualquier otra de las antropologías, a un concepto concreto de ciencia.

La etnología y sus derivaciones representan el otro extremo. Partiendo de un marco metodológico mucho menos rígido y, consecuentemente, más difícil de sostener, desarrolló en su primera época, el sistema de la observación participante, que suponía la presencia del investigador en la comunidad por periodos prolongados de tiempo y que, independientemente del consecuente subjetivismo que impartía a las conclusiones, representaba un conocimiento muy íntimo de los procesos que se llevaban a cabo en el objeto de estudio. La reducción del concepto etnológico implicada en la introducción de áreas como la antropología social ha resultado en el abandono paulatino de esa técnica y su sustitución por otras, basadas en la encuesta, derivadas de la sociología. Este cambio, independientemente de otros problemas, supone la sustitución de técnicas de observación lineal personalizada por otras de manejo masivo de materiales que implican el uso de sistemas estadísticos de análisis y evaluación que los derivados de la antigua antropología cultural no parecen haber diseñado o adaptado todavía.

La lingüística, también para el campo, parece haberse mantenido constante en sus técnicas, principalmente la interrogación de informantes. La transformación mayor, en este caso relacionada a la transcripción de los datos, parece haber sido un efecto de la popularización de las grabadoras de cinta y su miniaturización.

La arqueología, por su parte, como ya se dijo, tiene como problema reconocido la exactitud y precisión, y en ese sentido se parece a la antropología física en su metodología. A esto se une la obtención de multitud de datos representados por los materiales, lo cual le da una connotación de poca individuali-

zación en la mayoría de los casos y una conciencia estadística que, cuando menos por el momento, no puede calificarse mas que como incipiente.

Así pues, pueden agruparse las técnicas de campo de la antropología, en dos conjuntos: uno, el que está destinado a la obtención de datos para su ulterior elaboración estadística representado principalmente por la antropología física y la arqueología, a las que se unen algunos aspectos de la lingüística y la antropología social; y otro, a base de datos individualizados, sin posibilidad de manejo estadístico pero con otras alternativas, representado por la etnología tradicional y la historia del arte como disciplina afin a la arqueología.

Otra diferencia metodológica se encuentra en lo que se podría llamar la oportunidad de campo. En este sentido la arqueología tradicional y la antropología física en esqueleto, vista como una disciplina afin a ella, constituyen el primer vértice en una relación triangular, puesto que suponen un alto coeficiente de azar para determinar la búsqueda de datos, aunque deciden en mucha medida cuando y donde los toman. La arqueología que usa la tecnología hoy a su alcance, la antropología física en cadáver y en vivo, la lingüística y la antropología social representan otro extremo, en el que el investigador tiene la decisión. La etnología representa el último punto, los datos son obtenidos en la medida, al ritmo y en el tiempo en que la comunidad que observa decide darlos o permite que los tome.

Otras diferencias pueden verse en las maneras en que el dato de campo representa o dice representar una opción válida para el investigador. El arqueólogo cuenta en este sentido cuando menos con una opción elemental que le resulta útil, puede excavar o hacer arqueología de superficie, mientras que el resto de los antropólogos limitan su análisis a los mismos sujetos, dadas, para todos los casos, pruebas de la validez de lo estudiado.

Las consideraciones anteriores pueden ser vistas como algo mas que una división de la antropología en forma diferente a las tradicionales. De hecho cuando menos metodologicamente, sitúan algunos puntos útiles que son importantes para una definición de la arqueología, como que se trata de una disciplina que estudia multitud de datos, que puede buscarlos casi a su antojo y que tiene varias opciones válidas para ello; si unimos a esto cuando menos una parte de la definición tradicional, que es una disciplina que estudia restos materiales, o mejor

aún, que estudia cosas, rasgo que también comparte con la antropología física y solo con una parte de la etnología clásica, el estudio de la cultura material, se obtiene una disciplina que tiene una liga bastante poco consistente con las derivadas de la etnología, siendo mucho mayor su relación con la historia de la tecnología y la antropología física, como se planteó desde el siglo pasado.

Estas características no representan, de ninguna manera la totalidad de lo que constituye la arqueología. En realidad ésta, cuando menos metodológicamente, tiene tan poca unidad interna como la antropología en general y, cuando menos en el caso que se tratará, esto se debe más a falta de análisis de las posibilidades que a características intrínsecas de la disciplina.

En realidad, pese a lo que generalmente se cree, es difícil llevar la metodología de campo en arqueología a un solo origen. Si bien se considera generalmente que ese aspecto está conectado con el desarrollo de la prehistoria, a sus ligas con la geología y la paleontología y, en general, a la búsqueda de sistemas de exploración con características de gran precisión, esto solo constituye un lado de la moneda, resultado además no solamente de tradición científica, adaptación de otras disciplinas e intuición genial sino, de la aplicación de ellas adaptándolas a situaciones específicas para las cuales eran adecuadas, pero no necesariamente de su diseño original. La otra tradición en la metodología de campo proviene más bien de orígenes conectados con áreas como la arqueología clásica, la egiptología y la historia del arte.

Examinando estas tradiciones en función de las necesidades para las cuales fueron creadas puede verse que la tradición prehistórica fue aplicada para condiciones de poca superficie de excavación, gran profundidad, significado de cada capa como una unidad tanto temporal como en función de cambio climático, liga con problemas de evolución biológica, enormes escalas temporales, establecimiento de características relativamente poco complicadas en el asentamiento (unidades familiares, bandas, etcétera), extensiones bien limitadas (cuevas, abrigos, etcétera), y falta de documentación de otros tipos.

Por su parte la otra tradición, que podría llamarse de arqueología clásica, satisface también sus necesidades: gran superficie en el asentamiento; presencia de arquitectura monumental y arte de gran envergadura, entre otros aspectos de una sociedad más desarrollada; poco significado de la capa natural en función

de la secuencia corta y de su poca probabilidad de liga con el cambio climático; extensiones difícilmente limitables tanto por su posición (sitios en abierto), como por su variación (desde centros con arquitectura monumental hasta zonas agrícolas); encuadre de altas culturas; presencia de documentación (en forma de tradición y crónicas) cuando menos para algunos periodos, etcétera.

Los métodos que se requerían para satisfacer necesidades tan diversas (sin tomar en cuenta los aspectos no puramente arqueológicos que las acompañaban), no podían ser iguales y no lo fueron. De hecho es sorprendente el grado de parecido a que llegaron y es signo de la seriedad básica de ambos enfoques la similitud en las técnicas que adoptaron. Su desarrollo, empírico en el mas amplio sentido de la crítica que le hace Clark (1968, XIII), no es por eso menos válido puesto que aportó conocimientos que han permanecido como ciertos, a pesar de la multitud de pruebas a las que los han sometido trabajos posteriores.

Usando sus metodologías, ambas tendencias llegaron a sus soluciones propias: gran detalle en la medición, sobre todo por la necesidad de distinguir las agrupaciones de materiales; gran atención a la estratigrafía natural por la importancia del contexto climático que implica la constitución de cada capa y la cronología implícita en situaciones sin disturbios (Willey y Sabloff, 1974: 98); cuidado de cada uno de los artefactos, tanto por su relativa escasez como por su calidad de testigos del proceso de manufactura; búsqueda de restos humanos por su liga con los problemas de evolución biológica; poca atención a la superficie por trabajar en sitios con estratificación profunda y acumulación de depósitos, fueron entre otros los resultados de la primera.

La segunda por su parte, llegó también a soluciones útiles en su situación; búsqueda de testigos en la arquitectura monumental y en el arte que son, cuando menos, difíciles de tratar en forma estadística; poco énfasis en la colección de material fragmentario, dada la presencia de piezas completas; menor atención al detalle en la medición, dado que las unidades de asentamiento son más claras; poco cuidado con la estratigrafía natural, por su significado menor y, por el contrario, mayor cuidado con el cultural por su utilidad para distinguir épocas en el sitio; búsqueda de restos humanos no tanto por sus carac-

terísticas biológicas como por la esperanza de hallarlos asociados a ajuares funerarios significativos; atención a la topografía de superficie por la posibilidad de encontrar en ella indicios de los edificios enterrados, además de otras.

No es este el momento para hacer la crítica detallada de las dos tendencias. Tienen sus defectos y estos son generalmente conocidos. La primera puede haberse considerado como excesivamente biologicista y tecnológica, descuidando aspectos artísticos (aunque esto es difícil de probar desde los trabajos en cuevas con arte parietal), fría y limitante de los campos de búsqueda. La última puede considerarse elitista, puesto que trabaja generalmente sobre los restos de la parte superior de la pirámide social; poco representativa de la cultura de todo el asentamiento; anecdótica en cuanto a su atención y liga con tradiciones y crónicas y poco exacta, entre otros problemas que tiene. Lo importante no es, sin embargo el etiquetar esas arqueologías como buenas o malas sino señalar que ambas cumplieron su misión en función de las necesidades que cubrieron. El que esas necesidades no parezcan hoy tan válidas como las vieron los que las precisaron no es tan vital, sino que se desarrollaron con la flexibilidad necesaria para hacer algo, y lo llevaron a cabo.

Es más, dichas tradiciones nunca representaron una opción binaria. La arqueología, como disciplina mundial, no tuvo nunca porqué escoger entre una u otra como si fueran mutuamente excluyentes. Ni siquiera fueron las únicas tradiciones metodológicas para la arqueología. Esto último es especialmente importante sobre todo en función de que, como se dijo antes, la arqueología trabaja optando, en cada caso, por la técnica adecuada sin abandonar el concepto básico del estudio del pasado por sus restos materiales, adaptándose a condiciones locales en el sentido más biológico posible. Así se puede hablar de muchas otras tendencias, quizá menos glamorosas pero no menos útiles que resultaron en una arqueología aceptable. Baste por ejemplo recordar la preocupación de varios países con el problema de la tecnología como arma de la cultura que ha resultado en soberbios trabajos en la URSS, la excavación de Biskupin (Jazdzewski, 1965: 18) y la enorme producción polaca sobre historia de la cultura material; también debe verse en ese sentido el trabajo de los daneses (Daniel, 1971: 73), desde la elaboración del modelo de las tres épocas y la interpretación estratigráfica del hallazgo hasta derivar en todo un campo nuevo, la arqueología experi-

mental (Coles, 1973). Recuérdense también los resultados de una arqueología, básicamente monumental, como la industrial (cf. Pannell, 1966), o de toda la escuela actual de arqueología histórica y se verá que no sólo constituyen extensiones de una u otra de las tendencias ya señaladas sino que, además de mezclarlas, desarrollaron formas propias.

Es más, las modificaciones adaptativas de las técnicas de las escuelas existentes han resultado muchas veces en éxitos. Un caso típico es el suroeste de Norteamérica, donde el uso de estratigrafía métrica, anatema en la prehistoria, como sustituto de la natural, ha resultado en una descripción muy aplicable a situaciones de poca claridad estratigráfica (Willey y Sabloff, 1974: 89-98) o poca deposición. En otras ocasiones (Litvak, 1969, por ejemplo), se han postulado sistemas que mezclan ambas técnicas y que tienen posibilidades. Por otro lado la aplicación de estas técnicas fuera de su contexto, en forma rígida y sin tomar en cuenta condiciones locales puede ser criticable. La censura que Wheeler (1961: 77 y lám. IV) hace al uso de peones por Wooley, por ejemplo, puede verse también como el que el primero no entendió una buena utilización por el último de la mano de obra barata y abundante y de un sistema nativo de trabajo que funcionaba.

Este último aspecto debe verse con más detalle. Compárense los textos más conocidos de técnicas de campo y se verán diferencias importantes en su aplicación que son producto de situaciones distintas en las que el trabajo no calificado cuesta más o menos, se está más o menos lejos de una base central, se espera o no encontrar materiales de gran peso o que requieren cuidado especial, se tienen o no problemas con la propiedad del terreno en que se opera, se está ligando a asentamientos simples o monumentales y complicados, se cuenta o no con un *staff* de voluntarios o de trabajadores de calificación técnica adecuada, se supone volver o no en subsecuentes temporadas, se está excavando en su propio país o en otros extraños, se espera exhibir o no el sitio como hallazgo, etcétera y esa, más bien que una posición filosófica distinta, es el origen de la variación entre ellos. De hecho ninguno de los trabajos citados es una respuesta total al problema de la metodología de ataque; en todos pueden encontrarse defectos y algunos muy grandes, pero todos ellos representan la técnica usada en un momento dado para atacar una situación dada por un autor o varios con expe-

riencia de campo y, cuando menos en forma parcial, todos han resultado en arqueología útil, mejorable es cierto, pero básicamente usable, si se entiende que no son recetas rígidas.

Examinemos sin embargo lo que resulta de arqueologías hechas sin tomar en cuenta las condiciones de su uso. El caso de la arqueología mexicana es un buen ejemplo.

La técnica arqueológica desarrollada en los 30s en el país, derivada fundamentalmente de la de Gamio, no era, ni mucho menos, lo mejor que podía haberse hecho. Su crítica y defensa han sido expuestas ya demasiadas veces para repetirlas aquí. Para el fin de los 1940s y los 1950s produjo dentro de un marco teórico histórico-cultural, principalmente una serie de buenas secuencias que prometían servir como estructura de un esquema general útil (Litvak, 1975). Su técnica, más parecida a la de la arqueología clásica que a la de la prehistoria, respondía a condiciones locales, una de las más importantes de las cuales era la falta de un grupo suficiente de profesionales que la practicara. La introducción, en esa época, de la metodología de la prehistoria, debió haber sido una bendición en cuanto a que mejoraría lo que ya era bueno y corregiría lo malo.

Pero no fue así. La técnica prehistórica fue introducida a México como una opción que excluía a la otra. De hecho casi arrojaba dudas sobre la capacidad intelectual y moral de quienes tenían la mala fortuna de hacer la anterior. En su lugar ofrecía la verdad y fue en ese contexto y con esas implicaciones, aceptada por grupos jóvenes de arqueólogos mexicanos, yo entre ellos, sin suponer que a su vez tenía defectos o que podía ser modificada y mejorada, pero peor aún, sin ver que no era necesario destruir la otra para usar los aspectos positivos de ésta.

La primera consecuencia fue que la nueva arqueología, como estaba concebida, no tenía capacidad para atacar, en el campo, a la escala necesaria para resolver los problemas. El ataque a un sitio grande se transformó en una serie de ataques parciales, pozos, calas cortas, estudios periféricos sobre medio ambiente, etcétera, que, por no estar planteados correctamente y no ser estadísticamente válidos, no representaban una muestra de lo que se quería estudiar y no cubrían el espacio que los otros métodos debidamente modificados, podrían haber tocado. Al mismo tiempo, el influjo en el gabinete de una multitud numérica de material que antes no habría sido tomado en cuenta causó un verdadero cuello de botella que impidió hacer algo

con él. El gran número de datos logrados requería esfuerzo y tiempo mayores en la elaboración y la arqueología mexicana no estaba capacitada para darlos, tanto por no tener la metodología de trabajo y manejo de materiales necesarios, como por causa de necesidades institucionales que obligaban al arqueólogo a salidas antes de completar el proceso de examen.

El resultado final fue que esos materiales no se manejaron, esos datos no se elaboraron y el material y la excavación, concebidos como el arreglo de una situación anterior indeseable, no tuvieron salida en publicación, fuera de aspectos parciales, poco significativos aunque se les haya querido presentar como tales, con lo cual una situación mala no mejoró.

Lo anterior no debe ser tomado solo como una crítica; me considero tan culpable de eso como toda una serie de generaciones en la arqueología mexicana. El caso es ver que se puede hacer en el futuro. El problema, además, no está limitado a México sino que debe verse su solución como un asunto mundial.

Si se parte de las características dadas arriba es claro que una característica importante de la arqueología es el tener opciones metodológicas que no son mutuamente excluyentes; por otra parte, definiendo el objetivo del arqueólogo como el trabajo de campo encaminado a la obtención de datos con miras a contribuir en alguna forma a engrosar el conocimiento de la disciplina, generalmente a través de alguna forma de publicación. La eficiencia en el trabajo, como colofón, significaría el hacer el mejor uso de las opciones para llevar a cabo los objetivos buscados.

El primer recurso es claramente la adaptación de la técnica de campo a las necesidades que se van a cubrir. Esto supone no solo el diseño de una técnica adecuada que tome en cuenta los avances hechos en otros lados y su armonización, sino claramente un programa específicamente diseñado para la creación, experimentación, evaluación y aplicación de ellas en distintas circunstancias.

Lo anterior es, además, justificable en otros términos. Si bien arriba se tomó una actitud optimista en cuanto a las contribuciones de las diversas arqueologías a la disciplina en general, esta afirmación debe ser calificada: fue positiva en el tiempo y el lugar en que se hizo pero, si se ignoran las posibilidades de otras contribuciones la eficiencia que demostró tener no basta para nuevos usos. Mientras la arqueología, como disciplina,

se desarrolla cada vez más, ningún enfoque parcial puede cubrir todos los aspectos que se buscan y, por lo tanto, hacer una aportación *in toto*. Es necesario pues conjuntarlos.

Es también importante esta acción desde el punto de vista de costo: La inversión que un país hace en sus exploraciones arqueológicas ya no es, de ninguna manera, deleznable. El potencial de la arqueología como motor del desarrollo regional es considerable y, quierase o no, uno de los rumbos por donde va a ir. Es hora de enfocar el trabajo como una actividad que debe rendir un máximo en relación a los recursos que le son aplicados.

Una causa además para ello es el problema del rescate. El avance de la sociedad industrial en todo el mundo está destruyendo registros a una velocidad inmensa. Los esfuerzos que hacen todos los países por rescatar lo que queda de su pasado están quedándose por abajo de lo necesario, aun en los mejores casos, sobre todo por el problema de que no se cuenta con una metodología de campo adecuada para resolverlo. De hecho se está, en ese sentido, haciendo uso de técnicas artesanales cuando lo que se requiere es trabajo industrial.

Una acción del tipo propuesto exige intervenciones a todos los plazos. La acción inmediata debe estar dada por el abandono de actitudes excluyentes. Quizá una forma concreta es la reunión de arqueólogos para discutir metodología de campo en la que, después de argüir su lado, cada uno pueda enfocar constructivamente las contribuciones de los demás. A plazo mediano el establecimiento de una o varias unidades de experimentación metodológica parece ser la solución. Estas examinarían las opciones existentes, emprenderían trabajos cuyo propósito principal fuera el probarlas en situaciones controladas y publicarían sus resultados.

A largo plazo es problema solucionable al nivel de la formación del profesionista, y, en ese sentido se deben incluir varias características en los *curricula* de las escuelas: Primeramente debe pensarse en que la arqueología, como cualquier otro campo complicado, requiere de especialización; ésta ya se da por regiones o problemas según las fuerzas relativas de los distintos programas. Es preciso tomar en cuenta una especialización por objeto de estudio: técnicas de campo y de gabinete, arqueología de excavación o de superficie son solamente el principio, sin descuidar la preparación de los profesionistas en otros aspectos.

La solución parece estar en un *curriculum* básico que conforme el esqueleto de una arqueología aceptable y una gran serie de opciones que permita que el estudiante se desvíe por la que haga falta o prefiera, que incluya el máximo número de materias en cada una de ellas. El gasto adicional requerido por esto puede minimizarse por medio de una calendarización adecuada.

El trabajo en el campo, por su parte, tanto a corto como a mediano y largo plazos, debe dejar de verse como una actividad individual, de artista, y ser sustituido por una forma de operación industrial. El arqueólogo, en casi todos los momentos heroicos en que echando mano de seis cucharillas salta a la cala para sacar delicadamente algún hallazgo está estorbando en el trabajo. Una excavación debidamente llevada debe contar con el auxilio, desde su mismo grupo o desde unidades centrales de apoyo, de especialistas en aspectos de excavación, en el mismo sentido en que se usa al químico o al físico.

Es también posible concebir un manejo de estrategia de cala que permita la extracción de hallazgos delicados en forma eficiente y limpia sin estorbar la continuidad del trabajo. La arqueología puede, en realidad, verse como una actividad gerencial puesto que tiene, en su función de campo, que tratar de llevar a cabo una actividad, distribuyendo recursos para hacerla más eficiente. Es, en este sentido bastante más complicada que las otras antropologías. Incluye salidas previas al trabajo mayor, problemas de transporte, almacenamiento, contratación de personal, su preparación, anotación sistematizada, registros, obtención de materiales en distintas formas y muchas veces en distintos lugares simultáneamente, procesamiento elemental del material que incluye lavado, secado, marcado, embolsamiento, preclasificación, etcétera, como partes integrante de su trabajo. También supone una serie de actividades más o menos diversas entre ellas: topografía, excavación, recorrido, recolección, dibujo, etcétera, que a veces son hechas por personal especializado o por gente destacada del grupo general.

Los recursos de que se dispone para cumplir la tarea son insuficientes a menos que se programe su uso. Para ello es posible suponer un trabajo de campo como un problema que, dividiéndolo en procesos (trabajos que requieren el uso de recursos) y eventos (puntos de principio y fin de ellos), permita programar lo que se tiene: personal, equipo, dinero, tiempo, etcéte-

ra, en función de cumplir las prioridades que el trabajo recibió de acuerdo con el marco teórico que planteó la investigación. Una posibilidad muy clara es la aplicación de PERT u otras formas de análisis de ruta crítica como una manera normal de llevar a cabo el trabajo de campo. Es de este modo como podría aplicarse congruentemente la planeación, de acuerdo con hipótesis de trabajo.

Creo que no debemos olvidarnos que la arqueología, sea cual fuere la inclinación teórica de sus autores, es, primariamente, una actividad que recibe su material por medio del trabajo de campo. Es conveniente poner éste al día, para que pueda hacer su aportación, tomando en cuenta la flexibilidad necesaria para combinar técnicas, su diseño si hace falta, y, ante el problema de su complicación y costo crecientes, usar las técnicas gerenciales necesarias para llevarla a cabo eficientemente.

SUMMARY

Archaeology, in its field technology, is quite different from other anthropological disciplines. It supposes the obtention of data in such quantities that it can not be treated but statistically; it has a high degree of choice as to how data inputs and has a number of methodological options as to the way work is performed.

Field techniques for the obtention of data in archaeology seem to come from a number of traditions. Two of the most important come from the work of the prehistorians and classical archaeologists. These, and others, were, de facto, empirical results well adapted to do what they asked to perform. Their differences stem from differences in the work they were designed to accomplish.

Modern archaeology should not mistake the options offered by existing different archaeological field methods considering them as mutually exclusive without testing their adaptability and convenience; this action has not proved positive where it has been tried. On the contrary, strong flexibility in the use of techniques, while maintaining a valid professional standard of work, should be the rule.

This task would require action at several levels. In the short run a meeting for the evaluation of field techniques is convenient as is the formation, in different places, of teams to do research leading towards methodological analysis and the designing of new means of work. Curricula in the

schools should take into account a possible specialization in field techniques.

One of the most important consequences of such a program would be the use, for field work, of industrial programming techniques, that allot resources according to the purpose of the work and their availability. This would be one way in which archaeology can do the job it is asked to do both as a part of anthropology and as a potential element in regional development.

BIBLIOGRAFÍA

- CLARKE, David C.
1968 *Analytical Archaeology*: Methuen. Londres.
- COLES, John
1973 *Archaeology by Experiment*: Hutchinson University Library, Londres.
- DANIEL, Glyn
1971 *The idea of Prehistory*.—Penguin Books, Harmondsworth.
- JAZDZEWSKI, Konrad
1965 *Poland* (Ancient Peoples and Places, 45). Thames and Hudson, Londres.
- LITVAK KING, Jaime
1969 Algunas observaciones sobre el muestreo en arqueología, *Anales de Antropología*, VI: 169-181. Sección de Antropología, Instituto de Investigaciones Históricas, México.
1975 Posiciones teóricas en la arqueología Mesoamericana; en *Balance y Perspectivas de la Antropología de Mesoamérica y el Norte de México*, I: 11-12. XIII Reunión de Mesa Redonda; Sociedad Mexicana de Antropología, México.
- PANNELL, J. P. M.
1966 *Techniques of Industrial Archaeology*; David Charles, Newton Abbot.
- WHEELER, Mortimer
1961 *Arqueología de Campo*.—Fondo de Cultura Económica, México.
- WILLEY, Gordon R. y Jeremy SABLOFF
1974 *A History of American Archaeology*; Thames and Hudson, Londres.